

Contribuciones desde Coatepec
Universidad Autónoma del Estado de México
concoatepec@uaemex.mx
ISSN (Versión impresa): 1870-0365
MÉXICO

2008

María del Carmen Valverde Valdés
RESEÑA DE "MADRE TERRIBLE. LA DIOSA EN LA RELIGIÓN DEL MÉXICO
ANTIGUO" DE BLANCA SOLARES

Contribuciones desde Coatepec, julio-diciembre, número 015

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

pp. 185-190

Madre Terrible. La diosa en la religión del México antiguo de Blanca Solares

MARÍA DEL CARMEN VALVERDE VALDÉS¹



Es siempre difícil hacer la presentación de un libro, sin caer en la tentación de glosarlo, y en este caso en particular, resulta todavía más complicado, por el carácter mismo de la obra. Por esta razón, centraré esta presentación en algunos de los puntos que me parecieron de mayor interés.

Si atendemos al subtítulo, estaríamos frente a una historia más de la religión del México Antiguo (tal vez una entre tantas otras que se han escrito); sin embargo, el título es el que nos atrapa, nos sobrecoge, ya que nos remite de inmediato al mundo de lo “irracional”, a un ámbito sagrado, entendido éste como lo definió

¹ Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Correo electrónico: carmenvalverde@hotmail.com

Rudolph Otto: lo que atemoriza, pero atrae; lo que se percibe, pero es difícil de explicar en el entorno de la experiencia inmediata, tangible y concreta.

Así, podríamos empezar por preguntarnos ¿a qué diosa es a la que hace referencia Blanca Solares en su libro? ¿Quién es ésa que se ganó el duro apelativo de “madre terrible”?

La respuesta que da Blanca es sencilla: *todas*.

Porque hay que decir que a pesar de que su trabajo está centrado en las manifestaciones religiosas del altiplano central mesoamericano, haciendo especial énfasis en la cultura mexicana, Blanca nos habla del arquetipo de la diosa, según la teoría jungiana, como una imagen primordial de la psique producto del factor anímico (recordemos esta idea de los arquetipos como imágenes del inconsciente colectivo). Vista como arquetipo de la femineidad, son todas las diosas en Mesoamérica, las que comparten una serie de elementos y muestran e incorporan también patrones comunes a otras tantas deidades femeninas de otros tiempos y otros espacios, ya que como la propia autora señala: “el paralelismo universal de figuraciones simbólicas y de temas mitológicos —de contenido arquetípico— se explica justamente por esta condición *a priori* o “pre-formativa” del inconsciente colectivo, como una capacidad relativamente autónoma y creativa del imaginario humano” (33).²

Así, este es un estudio que se nutre, por un lado, de los aportes más significativos que sobre la religión del México prehispánico se han hecho (evidentemente se toman como pilares centrales la obra de López Austin, León Portilla, Michel Graulich, Mercedes de la Garza —sólo por citar a unos cuantos de la amplia bibliografía que la autora maneja—) y, por otro, se fundamenta en los aportes de la hermenéutica del símbolo y los procesos culturales tal y como ha sido abordada por los exponentes más representativos del *Círculo de Eranos*: Eliade, Jung, Kerényi, Campbell y Durand, así como en el trabajo de Erich Neumann sobre la estructura y la dinámica del arquetipo de la diosa, entre otros. Así, esta obra, fundamentada en sólidos principios teóricos, aborda un aspecto específico de la religiosidad mesoamericana: la diosa.

Y es la diosa en sus aspectos más variados, ambiguos y paradójicos, y en más de un momento, enfrentados; tal como la vida misma, porque finalmente este pensamiento sagrado no es más que el reflejo de una cosmovisión determinada. Así, la diosa se presenta como generadora de vida, pero también de muerte; como madre sustentadora y al mismo tiempo como presencia aterradora.

² En todas las referencias del texto aquí reseñado, sólo se indicará entre paréntesis el número de página.

Aquí estamos frente a un trabajo en gran medida innovador, ya que tiene la particularidad de presentar una interpretación general, amplia y exhaustiva del pensamiento religioso, pero acotada a un tiempo y un espacio determinados, en función de las evidencias con que se cuentan:

Por un lado, las ricas y complejas representaciones plásticas de las culturas mesoamericanas (fundamentalmente la escultura —tanto en barro como en piedra— y la pintura —mural, cerámica o la de los códices—) y, por otro, sólo las fuentes escritas del siglo xvi: los testimonios de los europeos que, sorprendidos, aterrados y fascinados, intentan, desde sus propios cánones, describir esta nueva realidad que se abre ante sus ojos como un universo al mismo tiempo diabólico e idílico (decía que tenemos tanto estas evidencias), y los textos de los propios indígenas que una vez alfabetizados, y occidentalizados a medias, se resisten a perder la riqueza de su mundo, y se dan a la tarea de escribir “sus historias”. Historias e imágenes que remiten al universo simbólico de una religión mesoamericana rica y compleja.

De la mano de la diosa, Blanca Solares nos lleva en un fascinante recorrido, que en ocasiones se antoja mágico, a lo largo de los tiempos y espacios de las culturas donde su presencia se manifiesta de forma clara, y poderosa. Concretamente en Mesoamérica, vamos desde las remotas manifestaciones plásticas que nos legaron las primeras aldeas sedentarias, que se afirman en el maravilloso lenguaje en piedra de los olmecas, tocando luego con su misterio regiones como el altiplano de Oaxaca, el centro de Veracruz y el Occidente de México, para centrarnos en el altiplano central mexicano, en donde desde ciudades tan antiguas como Cuicuilco, hasta la imponente metrópoli mexicana (pasando por el auge cosmopolita de la urbe de Teotihuacán), el aspecto femenino del cosmos encarna y se descarna (literalmente) en la diosa; desde el Preclásico al Posclásico, pueblos y culturas se entrelazan en el cuerpo mismo de la diosa que se desmiembra y se recompone en cada nueva creación del universo.

Sin embargo, en todo este camino que abarca alrededor de 3000 años, no estamos solos: Blanca Solares ofrece las claves que la hermenéutica simbólica propone para enfrentarnos a un fenómeno religioso como éste. Y cuando hablo de enfrentamiento, no es sólo una manera de decir las cosas, es la única forma en que uno puede que abordar a un ser numinoso como el que tenemos delante.

Entonces, el gran postulado metodológico, o la columna vertebral en la que se sustenta la investigación, que en realidad debería ser la de cualquier académico serio y riguroso, es que se pueden hacer interpretaciones o afirmaciones coherentes y “fidedignas” del universo cultural determinado, siempre y cuando se cuente

con los elementos necesarios para hacerlas; algo, que al decirlo parece tan evidente, pero que en ocasiones cuesta trabajo poner en práctica.

En última instancia, lo que el libro vuelve a poner sobre la mesa de debates es la discusión que sigue siendo válida y pertinente pero por demás polémica, entre lo particular y lo general; la continuidad y los cambios o “disyunciones”, para utilizar el término de Panofsky, acuñado por Kubler, de las concordancias entre las formas y los significados, en este caso de las imágenes sagradas, universales en general, y mesoamericanas en particular, a lo largo del tiempo. Se parte entonces de la base de que a pesar de que los sistemas simbólicos cambien, las mismas formas pueden tener significados y sentidos similares.

Así teniendo como eje la diosa, se abordan en la obra los grandes temas mesoamericanos comunes, como la bipolaridad del cosmos, los ciclos temporales y las creaciones sucesivas o el enfrentamiento de las fuerzas de la vida y la muerte en el inframundo, temas representados prácticamente a lo largo de toda la historia y la geografía mesoamericana.

El panteón mexica ofrece en este sentido un rico campo de análisis, y seguramente por esta riqueza y complejidad no importa cuántos estudios se hayan hecho al respecto, uno siempre se queda con la sensación de que aún no entiende nada. Pienso que este libro de Blanca aporta su granito de arena para la comprensión de este universo simbólico en el que el pensamiento abstracto adquiere su concreción en temibles y terribles, pero no por eso menos bellas, manifestaciones plásticas, señalando en cada momento sus rasgos característicos y sus elementos distintivos, y desentrañando sus secretos a partir del análisis de sus formas, sus estructuras, su disposición espacial; además, logra, a mi juicio, conclusiones sólidas a partir de convincentes lecturas de la imagen, de serios análisis iconográficos, aunque —como ella misma dice— siempre sea más fácil identificar una escena o un personaje mítico que interpretarlo.

Así, las representaciones de la diosa tiene características de reptil, cocodri-
lo, un saurio o monstruo terrestre que remite a un entorno anfibio: terrestre y acuático. Para los mexicas, la Tierra y el Sol eran entidades tan complejas y polivalentes que fueron representados de las más diversas maneras, pero siempre conservan de sus atributos esenciales; dentro de éstos la relación o la identificación del monstruo terrestre con la diosa: es dinámica, como dinámica es la existencia del hombre en el cosmos en la medida en que esta humanidad se ubica en uno de los ciclos eternos de creaciones y destrucciones: la vida surge del cuerpo de la propia diosa que a su vez se alimenta de la sangre, líquido vital y esencia de los hombres. De alguna manera, la muerte es una promesa de renovación.

En la visión dual del cosmos, a la diosa le corresponde el mundo de abajo, el inframundo, el lado oscuro, frío y húmedo, el ámbito de las aguas subterráneas, de los espíritus de la vegetación, así como la morada del sol nocturno y de los muertos; el lugar donde se realiza esa función misteriosa de transmutar la muerte en vida, función que se lleva a cabo en el laboratorio subterráneo.

Sin embargo, esta dualidad que permea gran parte del pensamiento sagrado mesoamericano, es también, según la interpretación de Blanca Solares, intencionalmente ambivalente; de manera que los personajes o las entidades que habitan en una región del cosmos comparten también características de la otra. Así como hay un aspecto húmedo y vivo de la tierra y del mundo subterráneo, hay otro muerto y seco y ambos están representados en los dos polos que componen a la entidad sagrada femenina. Entonces, resulta que la dialéctica fundamental en torno a la cual se halla organizado todo el pensamiento cosmológico, no se refiere al cielo y la tierra sino a los variados aspectos de la tierra: el aspecto húmedo vivo y fértil que se opone al aspecto muerto, seco y estéril, en este caso vinculado con la guerra, con el sacrificio y con el fuego.

A juicio de la autora, estaríamos ante todo, frente a una “invocación a las fuerzas vitales, mediante la manipulación de sus símbolos,” de su diversidad hierofánica manifiesta en Xochiquétzal (la sexualidad), Tlazotéotl (la comedora de inmundicias), Mayahuel (la fertilidad —el maguey—), Chalchiuhtlicue (el agua terrestre y los mantenimientos), las Cichuateteo (mujeres guerreras muertas en parto), Izpapalotl (mariposa de obsidiana, que consagra el instrumento sacrificial), Chantico (fuego terrestre), Mictlancihuatl (señora del inframundo), Chicomecóatl (diosa del maíz maduro), Cintéotl (la del maíz tierno), Cihuacoatl o Tonantzin (nuestra madre), y finalmente la madre de los dioses Toci o Teteo Innan. Éstas, además de Tlatecuhtli, como parte de las Tzitzimime o monstruos femeninos celestes —con características por demás aterradoras—, Coyolxauqui (la luna) y Coatlicue como lo que la autora llama, la *Summa teológica*.

Por último, me gustaría señalar que, Blanca Solares, como ella misma aclara en su introducción esa investigación es una aproximación al arquetipo de la diosa en el pensamiento religioso del México Antiguo desde una perspectiva de análisis psico-histórico y cultural, intentando salir del conjunto de las determinaciones propias del academicismo positivista. Aunque también, yo considero que este trabajo demuestra la importancia de los estudios de la cosmovisión mesoamericana vertebrándolos con los que se han hecho en torno a la ciencia de las religiones; es un buen ejemplo de cómo, a partir del análisis sistemático, cuidadoso e integrador del discurso iconográfico de obras plásticas y de textos —cuando estos son pertinentes, insertos en el ámbito de la cultura universal, con comparaciones siempre

oportunas—, se puede presentar una historia de la religión de los antiguos mexicanos con toda seriedad y rigor académico.

Referencia

Solares, Blanca (2007), *Madre terrible. La diosa en la religión del México antiguo*, España, Anthropos.